

LA PRIMERA ORACIÓN DE TOMASA

Por TELMA NORMAN

SONÓ la campana que anunciaba el fin de las clases del día, y el séptimo y octavo grados se volcaron al corredor, conversando animadamente los alumnos entre sí.

Como al día siguiente no había clases, los alumnos del octavo grado habían planeado una excursión en honor de los alumnos del séptimo grado. Se había pedido que todos estuvieran al día siguiente a las 7:30 de la mañana, donde estaría esperándolos un ómnibus. Irían al estado vecino a visitar una escuela normal, el museo y el observatorio que formaban parte de la misma escuela, y luego irían a visitar una gran panadería y una fábrica de conservas. Estarían de vuelta en la escuela a las diez de la noche donde los esperarían los padres.

No es de extrañarse que los alumnos del séptimo grado estuvieran tan excitados, porque para muchos de ellos era la primera vez que saldrían de su estado, o verían un observatorio o un museo.



-Tomasa, ¿crees que podrás ir? -le preguntó Lucinda. Todos sabían que Tomasa rara vez podía asistir a los actos que se hacían de noche en la escuela, porque su familia vivía a casi diez kilómetros del pueblo y el único transporte que tenían era un carro de mulas.

-Si tuviera una forma de venir a la escuela y volver después, yo podría ir -replicó no muy segura.

-Bueno -le dijo Lucinda-, si en tu casa te dejan recorrer a pie a esa hora de la mañana, los dos kilómetros que te separan de mi casa, puedes venir con nosotros, pero yo voy a pasar la noche siguiente en casa de Laura, en el pueblo, de manera que tendrías que encontrar a alguien con quien volver a tu casa.

¡Oh, gracias Lucinda! -dijo Tomasa rebotante de alegría-. Tal vez pueda pensar en alguna forma de volver a casa. ¡Adiós, allí viene mi ómnibus! ¡Te veré mañana... espero! En su camino de regreso, los pensamientos se atropellaban en la mente de Tomasa. Su tío Guillermo tenía un automóvil, y ella sabía que él estaría más que gustoso de venir a buscarla al día siguiente a la escuela. Al fin y al cabo, era su sobrina favorita y él no lo ocultaba. El problema de Tomasa era hacerle llegar un mensaje al tío Guillermo que vivía a cinco kilómetros de su casa.

Quizás, pensó, si me apresuro y hago el trabajo, y traigo las vacas temprano tendré tiempo de ir y ver al tío yo misma.

La madre de Tomasa escuchó sonriente las vehementes palabras con que su hija le trazó el plan para el día siguiente.

-Y, mamá -terminó diciendo Tomasa-, ¿no crees que tendré tiempo de ir a casa de tío Guillermo para ver si puede traerme mañana de noche:

¡Voy a apresurarme!

-Querida, tendrás que preguntar a papá -replicó la mamá.

Tomasa se dio cuenta de que no sería tan fácil llevar adelante sus planes.

-Yo no puedo dejarte ir a casa de Guillermo esta noche -le dijo firmemente el padre-. ¿No recuerdas lo que pasó anoche cuando fuiste a buscar las vacas?

Tomasa bajó la cabeza, y su padre continuó:

-Las vacas vinieron solas antes de oscurecer, y tú no llegaste hasta casi una hora más tarde.

Tomasa recordaba muy bien lo que había ocurrido. Mientras buscaba las vacas la tarde anterior, había encontrado una cantidad de cordeles enredados, y se sentó sobre un tronco para desenredarlos. Era rara la vez que podía encontrar hilos de cáñamo o piolas delgadas cuando los necesitaba y aquí había encontrado éstos que eran tan buenos.

Tan concentrada estaba en su tarea, que cuando volvió en sí era casi de noche. Entonces se puso de pie de un salto y comenzó a recorrer el monte tratando de escuchar el cencerro de las vacas, llamando y buscando, hasta que finalmente se dio por vencida y volvió al galpón, para descubrir que las vacas habían vuelto y la familia ya casi había terminado de ordeñarlas.

Recibió una severa reprensión por su proceder irresponsable y se sintió afortunada de que el castigo terminó con eso.

-Pero, papá, esto es diferente -se aventuró a decirle.

-No, no lo es -la interrumpió él-. Si no puedo confiar en ti un día, ¿cómo puedo confiar en ti al día siguiente? Si te dejas ir a casa del tío Guillermo, puedes volver cuando dices, o a la media noche. No, no puedo aventurarme. Puedes considerar esto como parte del castigo que merecías ayer. Ahora, ve, y busca las vacas... ¡Y apresúrate!

Tomasa sabía que no valía la pena argüir con su padre, y se dirigió tristemente hacia el potrero.

-De todas maneras -se dijo en voz alta-, él no dijo que yo no podía ir mañana si encontraba la forma de volver a casa. Tal vez el tío Guillermo venga a visitarnos esta noche y yo puedo decirselo. Y también... tal vez ... si yo oro, él podría venir. He oído decir que Dios contesta las oraciones. Lucinda y Dorita dicen que eso es verdad, y ambas van a la escuela dominical. Y esa revista que la tía Nora solía mandarme - creo que se llama El amigo de los niños- tenía muchas historias de cómo Dios contesta las oraciones. Creo que voy a probar.

Y absorta en sus pensamientos se guió caminando hasta internarse en el monte.

-La gente se arrodilla cuando ora, me parece -se dijo-, así que voy a hacerlo así.

Se arrodilló pues al lado de un árbol de sasafrás y pronunció su primera oración. Explicó que no sabía mucho en cuanto a la oración, pero esperaba que Dios entendiera. Le dijo al Señor cuánto deseaba ir en esa excursión del día siguiente, y cómo todo eso dependía del tío Guillermo. Le pidió que le dispusiera alguna forma de ver al tío Guillermo esa tarde, y le dijo que estaría muy agradecida si así lo hacía. Sabía lo bastante acerca de la oración como para terminar con un amén, después de lo cual siguió buscando las vacas. Antes de mucho las tenía a todas en el galpón.

Terminando rápidamente el resto del trabajo, comenzó a hacer los preparativos para la excursión del día siguiente. Planchó su vestido bueno, se arregló el cabello, lustró los zapatos, y contó la pequeña provisión de dinero que tenía para sus gastos. Pero durante todo el tiempo se mantuvo alerta con la esperanza de escuchar el sonido de un automóvil.

Concluidas las tareas de afuera, sus hermanos entraron, se cenó, se lavaron los platos, y todavía el tío Guillermo no había llegado. Tomasa se sentía cada vez más ansiosa.

Finalmente el padre dejó el diario y anunció que era hora de ir a la cama. Poco después apagó la luz, y

todos se dispusieron a dormir. Esto es, todos, excepto Tomasa, quien se dio cuenta de que sus esperanzas de ver al tío esa noche se habían esfumado. Ella sabía que la gente no se visitaba después de la hora de ir a la cama, especialmente en el campo donde el trabajo comenzaba antes de la salida del sol. Tomasa se sintió muy chasqueada, más de lo que significaba perder la excursión en sí. Tenía la sensación de que había sido privada de algo precioso antes de que realmente lo poseyera. No podía decir qué era, pero tenía la sensación de que se trataba de algo de gran valor.

Tal vez eso de religión, al fin y al cabo, no signifique mucho, pensó para sí. No obstante le pareció que hubiera sido muy lindo saber que Dios responde las oraciones. No por la excursión -porque al fin y al cabo lo había pasado sin esas cosas antes- sino por algo realmente importante.

Finalmente se durmió. De repente se despertó por unos golpes fuertes que daban en la puerta y una voz que gritaba:

-¿Hay alguien aquí?

¡Esa voz! ¡Era la del tío Guillermo!

Tomasa se vistió rápidamente. Oyó que su padre se levantaba y encendía la lámpara.

-Algo debe haber ocurrido -oyó que decía su madre-, o si no él no hubiera venido a esta hora de la noche. Cuando el padre abrió la puerta, Tomasa estaba allí. El tío no estaba solo: había traído a toda su familia, aun a la abuelita que vivía con ellos.

-¿Pasa algo? -preguntó ansiosamente la mamá de Tomasa-. ¡Es tarde... son más de las once de la noche!

-Oh, es sólo una de las locuras de Guillermo -respondió la abuelita, mirando indulgentemente a su hijo menor-. Ya estábamos todos durmiendo, y a Guillermo se le ocurrió venir aquí. Dijo que no podía dormir y que venía para ver si Tomasa le hacía unas rosetas de maíz, que le gustaban mucho.

-¿Qué te pasa, Tomasa? -se rió el tío-. Estás hecha unas pascuas.

Y me siento así -respondió Tomasa tímidamente. Luego explicó lo relativo a la excursión del día siguiente y cuánto necesitaba ella que alguien la trajera de vuelta a la noche. No dijo nada acerca de su oración y cómo había sido contestada. Era algo demasiado precioso todavía para compartirlo. Tenía que meditarlo a solas.

- ¡Por supuesto, Tomasa -le dijo su tío-, voy a ir a buscarte mañana de noche... si tú me haces esas rosetas las voy a venir a buscar!

-Tío Guillermo -le respondió animadamente Tomasa-, ¡te voy a hacer una olla entera de rosetas!

-Entonces es mejor que empieces ya -bromeó él-. Te va a llevar un buen rato hacerlas.

Tomasa corrió a la cocina y comenzó a preparar el fuego. Luego se detuvo. Debía agradecer a Dios.

-Dios, me alegro tanto de haber descubierto que tú realmente contestas las oraciones. ¡Muchas gracias! Si tú contestas las oraciones yo debo importarte algo. Algún día espero aprender más de ti. Gracias otra vez. Amén.

Más tarde, mientras escuchaba las voces de la familia en la sala y el ruido del maíz que reventaba en la sartén que movía de un lado a otro, sintiendo el calor del fuego, Tomasa meditó tranquilamente en los acontecimientos del día. Pensó que posiblemente lo que había descubierto ese día efectuaría un gran cambio en su vida.

¡Y tenía razón, porque fue así!

